



CAPÍTULO VII.

CUAUHTEMÓTZIN, EMPERADOR DE LOS AZTECAS.—PREPARATIVOS
RA LA MARCHA.—CÓDIGO MILITAR.—LOS ESPAÑOLES ATRA-
VIESAN LA SIERRA.—ENTRAN EN TETZCOCO.—EL PRÍNCIPE
IXTLILXOCHITL.

(1520.)

MIENTRAS pasaban los sucesos referidos en el capítulo precedente, habia verificádose un cambio importante en la monarquía azteca. El hermano y sucesor de Moteuczóma, Cuitlahuatzin, habia muerto improvisamente de la viruela, despues de un breve pero glorioso reinado de cuatro meses; glorioso he dicho, porque en su tiempo fué la derrota y expulsion de los españoles.¹ A la muerte de este belicoso príncipe se reunieron como era de costumbre los electores, para nombrar al que debia subir al trono. Dificil era este puesto en aquellos momentos de ingente peligro. El teoteuhli ó sumo sacerdote, imploró la bendicion del cielo para aquella eleccion. Su oracion se conserva todavía y tiene grande interes no solo por ser la última que se pronunció con un motivo semejante, sino tambien por ser una muestra de la elocuencia sagrada entre los aztecas. Es como sigue.

¹ Solís al acabar de hablar de este príncipe, hace la siguiente observacion: "solo reinó pocos días; pero los bastantes para que su indolencia y apatia borrarán en el pueblo su memoria." (Conq., lib. 4, cap. 16.) No puedo ni conjeturar de donde pudo sacar el Historiador de las Indias los coloridos, para su retrato; pero ciertamente no fué de los autores de aquella época, pues todos están conformes en trazar el retrato del príncipe azteca, con los rasgos que le he atribuido en el texto. Cortes que debe haberle conocido, le pinta "sabio y valiente." (Relac. Seg., pág. 166.) Véase ademas: Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 29. Herrera, Hist. Gral, dec. 2, lib. 10, cap. 19. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 83. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 16. Gomara, Crónica, cap. 118.

"Señor nuestro, ya V. M. sabe como es muerto nuestro N.: ya lo habeis puesto debajo de vuestros pies: ya está en su recogimiento, y es ido por el camino que todos debemos de ir y á la casa donde hemos de morar, casa de perpétuas tinieblas, donde ni hay ventana, ni luz alguna: ya está en el reposo donde nadie le desasosegará.

"Todos estos señores y reyes, rigieron, gobernaron, y gozaron del señorío y dignidad real, y del trono y sitial del imperio, los cuales ordenaron y concertaron las cosas de vuestro reino, que sois el universal señor y emperador, por cuyo albedrio y motivo se rige todo el universo, y que no teneis necesidad de consejo de ningun otro. Ya estos dichos dejaron la carga intolerable del gobierno que trageron sobre sus hombros, y lo dejaron á su sucesor N. el cual por algunos pocos dias tuvo en pié su señorío y reino, y ahora ya se ha ido en pós de ellos al otro mundo, porque vos le mandásteis que fuese y le llamásteis, y por haberle descargado de tan grande carga, y quitado tan grande trabajo, y haberle puesto en paz y en reposo, está muy obligado á daros gracias. Algunos pocos dias le logramos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros para nunca mas volver al mundo. ¿Por ventura fué á alguna parte de donde otra vez pueda volver acá? ¿para que otra vez sus vasallos puedan ver su cara? ¿Por ventura vendrá á decirnos hágase esto ó aquello? ¿Vendrá otra vez á ver á los cónsules y regidores de la república? ¿Verle han por ventura mas? ¿Conocerle han mas? ¿Oirán por ventura mas su mandamiento y decreto? ¿Vendrá en algun tiempo á dar consuelo y refrigerio á sus principales, y cónsules? ¡Ay dolor, que del todo se nos acabó su presencia, y para siempre se nos fué! ¡Ay dolor, que ya se nos mató nuestra candela y nuestra lumbre, y la hacha que nos alumbraba, del todo la perdimos! ¡Dejó perpetua horfandad, y perpetuo desamparo á todos sus súbditos é inferiores! ¿Tendrá por ventura ciudadano de aquí adelante, del gobierno de este pueblo, provincia ó reino; aunque se destruya y asole el pueblo, con todos los que en él viven, ó el señorío ó reino? ¡O señor nuestro humanísimo! ¿es cosa conveniente, por ventura, que por la ausencia del que murió, venga al pueblo, señorío ó reino, algun infortunio en que sean destrozados, desbaratados, y

ahuyentados los vasallos que en él viven, porque viviente el que murió estaba amparado debajo de sus alas, y tenía tendidas sobre él sus plumas? ¡Gran peligro corre este vuestro pueblo, señorío y reino, si no se elige otro con brevedad que le ampare! ¡Pues qué es lo que V. M. determina de hacer? ¡Es bien que esté á oscuras este vuestro pueblo? ¡Es bien que esté sin cabeza, y sin abrigo? ¡Queréisle por ventura asolar y destruir? ¡O pobrecitos de macehuales que andan buscando su padre y su madre y quien los ampare y gobierne, así como el niño pequeñuelo que anda llorando buscando á su madre, y á su padre cuando están ausentes, y reciben gran angustia cuando no los hallan! ¡O pobrecitos de los mercaderes, que andan por los montes, páramos y zacatales; y tambien de los tristes labradores, que andan buscando yerbezuelas para comer, raíces y leña para quemar, ó para vender, de que viven! ¡O pobrecitos de los soldados y hombres de guerra, que andan buscando la muerte, y tienen ya aborrecida la vida, y en ninguna otra cosa piensan sino en el campo, y en la raya donde se dan las batallas! ¡á quien apellidarán? Cuando tomaren algun cautivo ¡á quien le presentarán? Y si le cautivaren, ¡á quien darán noticia de su cautiverio, para que se sepa en su tierra que es cautivo? ¡á quien tomará por padre y por madre para que en éstos casos semejantes le favorezca, pues que ya es muerto el que hacia esto, el que era como padre y madre de todos? No habrá ya quien llore ni quien suspire por los cautivos, porque no habrá ya quien dé noticia de ellos á sus parientes. ¡O pobrecitos de los pleiteantes, y que tienen litigios con sus adversarios que les toman sus haciendas! ¡Quién les juzgará, pacificará y los limpiará de sus contiendas y porfias; bien así como el niño cuando se ensucia, que si su madre no le limpia, estése con su suciedad? ¡Y aquellos que se revuelven unos con otros, y se abofetean, y apuñean y aporrean, quién pondrá paz en ellos? Y aquellos que por estas causas andan llorosos y derramando lágrimas, ¡quién les limpiará las lágrimas, y remediará sus lloros? ¡podránse ellos remediar á sí mismos por ventura? Y los que merecen muerte, ¿sentenciarse han ellos por ventura? ¡Quién pondrá el trono de la judicatura? ¡Quién tendrá el estrado del juez, pues no hay ninguno? ¡Quién orde-

nará y dispondrá las cosas necesarias al bien del pueblo, señorío y reino? ¡Quién elegirá á los jueces particulares, que tengan cargo de la gente baja por los barrios? ¡Quién mandará tocar el atambor y pífano para juntar gente para la guerra? ¡Y quién reunirá y acaudillará á los soldados viejos, y hombres diestros en la pelea? ¡Señor nuestro y emperador nuestro! tenga por bien V. M. de elegir, y señalar alguna persona suficiente para que tenga vuestro trono, y lleve á costas la carga pesada del régimen de la república, regocige y regale á los populares, bien así como la madre regala á su hijo poniéndole en su regazo: ¡quién alegrará y regocijará al pueblo á manera del que tañe á las ovejas que andan remontadas, ó amotinadas para que se asienten? ¡O señor nuestro humanísimo! haced esta merced á N. que nos parece que es para este oficio: elegidle y señaladle para que tenga este vuestro señorío y gobernacion! ¡dadle como prestado vuestro trono y sitial, para que rija este señorío y reino por el tiempo que viviere! sacadle de la bajeza y humildad en que está, y ponedle en la honra y dignidad que nos parece es digno de ella! ¡O señor nuestro humanísimo! dad lumbre y resplandor de vuestra mano á esta república ó reino! Lo dicho solamente vengo á proponer delante de V. M. aunque muy defectuosamente, como quien está borracho y vá zancadillando, y medio cayendo. Hágase como V. M. fuere servido en todo, y por todo.”²

La eleccion recayó en Cuauhtemotzin ó Guatemtocin, como le llaman por corrupcion, pero mas eufónicamente los españoles.³ Era sobrino de los dos últimos monarcas y casado con una prima, la hermosa princesa Tecuichpo, hija de Moteuczóma. “Solo tenia veinticinco años cuando subió al trono, tenia una figura elegante para ser indio, era valiente y tan terrible que

² Sahagun, *Hist. de la Nueva-España*, MS., lib. 6, cap. 5.

³ Parece que los españoles cambiaban el Qua con que empezaban los nombres aztecas, en Gua; de la misma manera que en la península cambiaban el Wad de las palabras arábicas, por Guad. (V. Conde, *el Nubiense, Descripción de España*, notas, passim.) El tzin lo añadian los mexicanos á los nombres de los señores y príncipes, en señal de respeto. Así, Cuiclahuac se llamaba Cuiclahuatzin. Esta terminacion que ordinariamente suprimian los españoles, ha sido conservada por casualidad, ó tal vez por razon de eufonia, en el nombre de Cuauhtemotzin.

sus compañeros temblaban en su presencia.”⁴ No le arredraron los peligros de que estaba rodeado el trono, y al ver que se reunía la tempestad, se preparó á resistirla varonilmente. Aunque jóven era muy experimentado en las cosas de la guerra y se había distinguido entre todos, en los sangrientos combates de la capital. Nutría en su corazón cierta especie de odio religioso contra los españoles, semejante al que cuentan que Aníbal profesaba y que ciertamente demostró profesar á los romanos.

Por sus espías sabía Cuauhtemotzin todos los movimientos de los españoles y supo oportunamente su designio de sitiar la capital. Preparóse á este suceso haciendo salir de ella toda la gente inútil y reclamando la ayuda de sus poderosos vasallos convecinos. Continuó los planes de su antecesor para fortificar la ciudad, animó á sus tropas y las excitó ofreciendo premios á aquellos que sobresalieran en la guerra. Invitó á sus vasallos de todo el imperio á atacar á los blancos donde quiera que les encontrasen, poniendo precio á las cabezas de éstos y también á las personas de los que fuesen traídos vivos á México.⁵ Así es que no era raro que los españoles encontrasen colgando en los templos los miembros y vestiduras de aquellos sus desventurados compatriotas que habían caído prisioneros y sido enviados á la capital para ser sacrificados.⁶ Tal era el nuevo monarca llamado á ocupar el vacilante trono de Anáhuac; monarca digno por su ánimo grande y esforzado; de empuñar el cetro en tiempos menos infelices; puesto que en éstos de luto y desventura se resolvió cual convenia á un príncipe que ama á su pueblo, á sostenerle en su caída ó á perecer juntamente con él.⁷

⁴ “Mancebo de hasta veinticinco años, bien gentil para ser indio, y muy esforzado que se hizo temer de tal manera que todos los suyos temblaban delante dél; y estaba casado con una hija de Moleuczóma, bien hermosa muger para ser india.” Bernal Díaz, cap. 130.

⁵ Herrera, *Hist. Gral.*, dec. 2, lib. 10, cap. 19.

⁶ Bernal Díaz, cap. 134.

⁷ Se recuerda la hermosa invocación que Racine pone en boca de Joad:

*Venez cher rejeton d'une vaillante race
Remplir vos défenseurs d'une nouvelle audace*

Volvamos ahora á los españoles que están en Tlaxcallan donde los hemos dejado haciendo los preparativos para el viaje á México. Al comandante cupo la satisfacción de ver á sus tropas regularmente equipadas, aunque de diversas maneras, según la condición de los diversos refuerzos que habían ido llegando; pero por fin, muy superiores al ejército con que invadió el país por primera vez. El total de la fuerza subía á cerca de seiscientos hombres, de los que cuarenta eran de caballería, y ochenta arcabuceros ó ballesteros; el resto estaba armado de espada y rodela y de las lanzas con puntas de cobre hechas en Chinantla. Contaba además con nueve cañones y regular cantidad de pólvora.⁸

Ya que estaban las tropas en orden de marcha, recorrió Cortés sus filas exhortando á sus soldados conforme lo tenía de costumbre en ocasiones tales, á que se mostrasen dignos de sí mismos y de la empresa que habían acometido. Díjoles que iban á combatir contra rebeldes que en otro tiempo habían jurado vasallos de España,⁹ contra bárbaros enemigos de la fé de Cristo: que iban á pugnar por la cruz y la corona, á pelear por su propia honra, á lavar la mancha que oscurecía sus armas, á vengar sus agravios y las vidas de sus desventurados compatriotas, muertos en los campos de batalla ó víctimas en el cruento altar de los sacrificios: que jamás se había presentado á caballeros cristianos una guerra que tuviese más incentivos que esta, en la cual iban á ganar prez y fama en este mundo, y gloria imperecedera en el futuro.¹⁰

Así trató el hábil general de tocar en su auditorio las cuer-

*Venez d'une diademe à leurs yeux vous couvrir,
Et périssez du moins en roi, s'il faut périr.
Athalie, Act. 4, sc. 5.*

⁸ *Relac. Terc. de Cortés*, pág. 133.

Los mas, si no es que todos los escritores españoles están, (cosa rara!) contestes sobre la fuerza del ejército.

⁹ “Y como sin causa ninguna todos los naturales de Colhua, que son los de la gran ciudad de Temixlitlan, y los de todas las otras provincias á ella sujetas, no solamente se habían rebelado contra V. M.” *Ibid*, ubi supra.

¹⁰ *Ibid*, pág. 184. “Porque demás del premio que les daría en el cielo, se les seguirían en este mundo, grandísima honra, riquezas inestimables.” *Ixtlixochitl, Historia Chich.*, MS., cap. 91.

das de la religion, el honor y la codicia, y de aguijar á los de poco ánimo antes de llevarles á los peligros del combate. A las palabras del general correspondió el ejército con aclamaciones y protestas de que morirían en defensa de la fé, y de que ó conquistarían ó dejarían sus cadáveres juntos con los de sus compatriotas, en las aguas de Tetzoco.

El ejército de los aliados pasó despues revista ante el general. Los escritores lo regulan en 110 ó 150.000 hombres. La discrepancia entre estos dos números y la ecsageracion de ambos, dan á conocer cuán poca fé merecen tales regulaciones. Pero no puede dudarse que era muy numeroso pues estaba formado no solo de los guerreros tlaxcaltecas, sino tambien de los de Chololan, Tepeaca y demas provincias comarcanas ya sometidas á la corona de Castilla.¹¹

Iban armados, segun es costumbre, de arcos, flechas, el pesado *maquahuitl* y las largas y formidables lanzas cuyo uso habia introducido Cortés entre sus propios soldados. Estaba dividido el ejército indio en batallones, cada uno con su comandante y su bandera propia. Los cuatro gobernadores de la república marchaban á la vanguardia; tres de ellos eran ya ancianos y demostraban por las insignias de que iban cubiertos, sus numerosos y gloriosos hechos de armas. En su casco ondeaba el penacho de ricas plumas, salpicado de esmeraldas y otras piedras preciosas. El *ichecapil* ó peto de algodón estaba cubierto por una graciosa cota de plumage; y sus piés iban calzados de sandalias cubiertas de oro. Seguíanles cuatro pages que llevaban sus armas; y luego otros cuatro que portaban las banderas en que iban blasonados los escudos de armas de las cuatro grandes provincias de la república.¹² Los tlaxcaltecas aunque sóbrios en extremo, gustaban de la pompa militar tanto como ninguna otra tribu, de la mesa. Al desfilar por delante de Cortés, le saludaron agitando sus banderas y tocando sus instrumentos bélicos; á lo que contestó Cortés quitándose el casco conforme iban pasando.¹³ Los guerreros tlaxcaltecas y en

¹¹ "Cosa muy de ver," dice el P. Sahagun, sin determinar esactamente el número, "en la cantidad y en los aparejos que llevaban." *Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 30.*

¹² Herrera, *Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 20.*

¹³ *Ibid, ubi supra.*

especial el jóven Xicotencatl, afectaban imitar á sus maestros los europeos, no solo en la táctica, sino hasta en las ceremonias militares de menos importancia.

Cortés dirigió á los indios por medio de Marina, una breve alocucion: manifestáales que iba á lidiar contra los enemigos de Tlaxcallan y les ecshortaba á que por lo tanto le ayudasen de una manera digna de la fama de la república. A los que se quedaban les reencargó que ayudasen á la pronta construccion y conclusion de los buques, de lo que en gran parte dependia el buen écsito de la empresa; y finalmente, invitó á quedarse á todos los que no tuviesen la firme resolucion de acompañarle hasta la completa sujecion de la capital.¹⁴ Esta proclama fué contestada con exclamaciones, ó mejor dicho, aullidos terribles que probaban el placer con que aquellos hombres veian acercarse el momento de vengar sus multiplicados agravios y de humillar á su arrogante enemigo.

Antes de partir promulgó Cortés lo que pudiéramos llamar unas ordenanzas militares demasiado notables para pasarlas en silencio. En el preámbulo asienta que en todas las cosas divinas y humanas, y para que estas últimas valgan algo, es lo primero cuidar del órden. Díjoles que la historia antigua nos enseña que los grandes capitanes debieron sus victorias tanto á su valor y fortaleza, como á la sabiduría de sus ordenanzas; y que la situacion especial en que se encontraban los españoles, reducidos á un puñado y rodeados de un enemigo diestro en el manejo de las armas y esperto en el arte de la guerra, hacia aun mas necesario un código militar. Despues recuerda al ejército que la conversion de los infieles es la obra mas grata á los ojos del Altísimo y la que les ganará su ayuda y proteccion; y finalmente, advierte á los soldados que aquel debe ser el primer objeto de la espedicion, sin lo cual *la guerra seria manifestamente injusta y todas las cosas adquiridas serian un robo.*¹⁵

¹⁴ *Ibid, loco citato.*

¹⁵ "Que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías á todos los naturales de estas partes y reducillos, ó á lo menos desear su salvacion y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fé Católica: porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra, seria injusta y todo lo que en ella se hiciese, Omoloxio é obligado á restitucion." *Ordenanzas militares, MS.*

El general protesta solemnemente que su principal objeto es el deseo de sacar á los indios de las tinieblas de la idolatría en que están envueltos y de hacerles ver la luz de una fé pura y santa; y despues de esto recuperar para su rey y señor los dominios que de derecho le pertenecen.¹⁶

Las ordenanzas prohibian toda blasfemia contra Dios y sus santos, que es un vicio mas frecuente entre las naciones católicas que entre las protestantes; debiéndose acaso menos á la diferencia de religion que á la de temperamento, pues el ardiente clima en que predomina el catolicismo, estimula ó provoca á espresar las pasiones con mucha mayor vehemencia.¹⁷

Otro de los artículos prohibe el juego, vicio al cual los españoles de todos tiempos han estado sujetos de una manera especial. Cortés contemporizando con las costumbres nacionales lo permite hasta cierto punto; pero prohibe absolutamente el juego de los dados.¹⁸ Sigue despues otra prevencion contra las riñas y duelos y prohibiendo las bravatas y sarcasmos; por dañar todo esto al buen orden de las tropas, tanto en campaña como en cuartel. Viene luego otra ley que prohibe bajo pena de muerte á todo capitán quien quiera que sea, atacar al enemigo sin haber recibido orden de hacerlo; costumbre

16 "E desde ahora protesto en nombre de V. M. que mi principal intencion é motivo es favorecer esta guerra y las otras que ficiere, por traer y reducir á los naturales al dicho conocimiento de nuestra Santa Fé é creencia; y despues por los sojuzgar y supe-ditar bajo el yugo é dominio imperial y real de su sacra magestad, á quien jurídica-mente el señorío de todas estas partes." Ordenanzas militares, MS.

17 "Solo en España é Italia," dice el sagaz historiador de las repúblicas italianas, "se encuentra esta viciosa costumbre, enteramente desconocida en los países protestantes, y que no debe confundirse con los groseros juramentos que el pueblo de todos los países, mezcla en sus discursos. Los pueblos del mediodía, en sus accesos de cólera, atacan los objetos de su culto, los amenazan, y cargan de palabras injuriosas y ultrajantes, á la misma divinidad, al Redentor y á sus santos." Sismondi, repúblicas italianas, c. 126.

18 Lucio Maríneo que por entonces residió en la corte castellana y que presencié los funestos efectos del juego, se desata contra él en los duros términos que siguen: "El jugador es el que desea y procura la muerte de sus padres, el que jura falso por Dios y por la vida de su Rey y Señor, y el que mata su ánima y la echa en el infierno: ¿y qué no hará el jugador que no se avergüenza de perder sus dineros, de perder el tiempo, perder el sueño, perder la fama, perder la honra, y perder finalmente la vida? Por lo cual como ya gran parte de los hombres, siempre y donde quiera continuamente juegan, paréceme verdadera la opinión de aquellos que dicen el infierno estar lleno de jugadores." Cosas memorables de España (Edic. de Sevilla, 1539), fol. 165.

de las mas perniciosas y frecuentes que tenían las tropas de Cortés, y que era debida al carácter impetuoso y á la falta de verdadera disciplina militar.

La última ordenanza prohibe á todo oficial guardarse para sí ninguna cosa del botin, ya consista en oro, plata ó piedras preciosas, ya en telas, plumages, esclavos ó cualquiera otra cosa, y donde quiera y por quien quiera que sea tomado: y se ordena á todo oficial que lo entregue al general ó al que él hubiere encargado de recibirlo. La infraccion de esta ley estaba castigada con pena de muerte y confiscacion de bienes. Este severo código prueba que por mucho que ocupasen al conquistador las consideraciones espirituales, no se olvidaba tampoco de las terrenales.¹⁹

Tales disposiciones no se quedaron solo escritas, pues poco tiempo despues de promulgadas, las sancionó Cortés ahorcando á dos de sus esclavos por haber robado á los indios. Igual castigo recibió un soldado por un motivo semejante; bien que le bajaron de la horca antes de que estuviese enteramente consumada la ejecucion. Cortés conocia bien el carácter de sus compañeros, que rudos y turbulentos, necesitaban ser gobernados con mano de hierro. Sin embargo, procuraba no descargarla por frívolos motivos. La intimidación en que la mancomunidad de peligros y padecimientos ponía á los oficiales y á los soldados, era muy desfavorable á la disciplina militar. Hasta los modales francos y abiertos del general, favorecian esta licencia que él no reprimía en circunstancias comunes, acaso por considerarlo difícil ó aun impolítico pues que ella era una especie de válvula de seguridad por donde se evaporaba la hirviente licencia de la soldadesca, la cual reprimida violentamente podria producir una esplosion. Pero los límites de su condescendencia eran conocidos y toda tentativa para traspasarlos espeditivamente castigada. Así, templando la severidad con la indulgencia, encubria una voluntad inflexible bajo los modales abiertos de un soldado, y logró tener á raya á sus audaces y des-

19 Todas estas disposiciones las refieren Herrera, Solís, Clavijero y otros; pero con tal inexactitud, que es claro que jamas vieron el instrumento original. El que yo tengo está sacado de la coleccion de Muñoz. Como á pesar de ser curioso é interesantísimo, nunca ha sido publicado, lo doy íntegro en mi Apéndice, parte 2, núm. 13.

almados aventureros, mejor de lo que jamas lo habrá conseguido uno de esos pedantes pedagogos, escrupulosos en velar por la observancia hasta de las bagatelas de la disciplina militar.

Las ordenanzas aunque tienen fecha del 22 de Diciembre, no fueron promulgadas al ejército, sino hasta el 26. Dos días después, estaban en marcha las tropas, y Cortés puesto á su cabeza, salió entre músicas y festejos de la capital republicana que tan generosamente le habia dado asilo, y que por dos veces le habia proporcionado los medios de llevar á cabo su gigantesca empresa.

La poblacion de la ciudad venia tras el ejército, diciendo el último adios á sus compatriotas y rogando á los dioses que les ayudasen.

No obstante que eran muchos los indios que venian con Cortés, él solo á una pequeña parte permitió que le acompañase. Determinó establecer su cuartel general en un punto del lago de Tetzco, desde el cual pudiese dañar á la ciudad reduciéndola á una especie de sitio.²⁰

En cuanto al ataque ó asalto, resolvió dejarlo para cuando estuviesen concluidos los bergantines, para poder darlo con mayores ventajas. Entre tanto, no quiso embarazarse con una multitud de tropas inútil y difícil de mantener, y prefirió dejarla en Tlaxcallan para que convoyase los buques cuando estuviesen acabados y le ayudase en sus ulteriores operaciones.

Tres caminos se le presentaban á Cortés por donde entrar en el valle mexicano; pero él eligió el mas difícil y que pasaba por la fragosa sierra que separa la mesa oriental de la occidental, cuyo camino era tan fragoso y lleno de precipicios que apenas podia servir para la marcha de un ejército. Seguramente creyó y con razon, que así seria menos molestado por los indios, que se fiarian de la aspereza misma del terreno.

El primer día anduvieron cinco ó seis leguas, con Cortés á la vanguardia á la cabeza del pequeño cuerpo de caballería. Hicieron alto en el pueblo de Tezmellocan, situado en la base de la colosal cadena de montañas que atraviesa el país y que

²⁰ Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. 20. Bernal Diaz, cap. 127. El primer historiador dice que los aliados eran 8.000; el último que 10.000. ¿Quién sabe?

por su parte meridional toca con el gigantesco Iztaccihuatl ó “muger blanca,” cubierto con las canas de los siglos.²¹ En este pueblo tuvieron una amistosa acogida y al día siguiente comenzaron á subir la sierra.

El camino era quebrado y sumamente fragoso. Multitud de arbustos y malezas embarazaban el terreno, y los torrentes del invierno habian hecho zanjas tan profundas que estorbaban el paso de la artillería; mientras que los troncos atravesados de los árboles lo dificultaban tambien para la caballería. El frío era cada vez mas crudo conforme iban subiendo, y hacia mucha impresion en los españoles acostumbrados últimamente á una temperatura cálida, ó por lo menos, templada; sin embargo de que la excesiva fatiga que les costaba la subida, les hacia resistirlo mas fácilmente. La única vegetacion que allí se veia era el pino cuyos oscuros bosques revestian la falda de la sierra, y aun esta vegetacion iba siendo cada vez mas pobre y escasa. Hizose noche antes de que los cansados españoles llegasen á la cresta de las montañas, en las que á toda prisa encendieron luminarias, procurando tambien á fuerza de andar, calentar sus ateridos miembros y prepararse para la cena.

Al primer albor de la mañana ya estaban las tropas en movimiento. Díjose víspera y comenzaron la bajada, mas difícil y penosa que la subida del día anterior; porque ademas de los obstáculos naturales, encontraron ramas de árbol, puestas de intento por los naturales para embarazar aun mas el camino. Cortés ordenó á un destacamento que lo despejase y el ejército prosiguió su marcha; pero siempre con el temor de que los indios hubiesen preparado una emboscada para sorprenderles en lo mas enmarañado del camino. Movíanse, pues, con cautela y desconfianza, sin apartar la vista de lo mas oscuro de los bosques donde creian que podria estar en acecho el enemigo.

²¹ Esta montaña que junta con su compañera forma lo que pudiera llamarse las columnas de Hércules del valle mexicano, ha sido bellamente comparada á causa de su larga cresta, al lomo de un dromedario. (*Tudor's Tour, in North-America, let. 22.*) Se eleva mucho mas allá de los límites que tienen los yelos en los trópicos; y su enorme cresta y faldas cubiertas de un blanco argentino, forma uno de los mas bellos espectáculos de que se goza desde la capital.

Pero no encontraron ningun sér viviente, escepto los selváticos animales que moraban en aquellos, y parvadas de *zopilotes* (buitres propios de aquel país), que semejantes á una legion de espíritus malignos, venian delante del ejército, en espera del horrendo festin que les aguardaba.

En la bajada sintieron los españoles un agradable cambio de temperatura: la vegetacion mudó tambien de carácter, y al fúnebre pino que habia sido su único compañero durante la última parte del viage, sucedió el gigantesco encino, el sycomoro y un poco mas abajo el pimiento, cuyas rojas bayas se confundian con el follage de las selvas. En las barrancas se veia el vistoso solano trepador, cuyos ricos frutos se ostentaban sobre las ramas y revelaban un clima mas suave y mas fértil.

Por último, el ejército salió á una llanura donde la vista, libre de los bosques que la circuián en la cumbre de los collados, podia espaciarse por todo el valle de México. Veíasele allá, bañado con los rayos del sol poniente, estenderse como dormido en brazos de los gigantes montes que semejantes á una falange de genios, lo circundan por todas partes. Aquel espectáculo magnífico y nuevo para muchos de los espectadores, los llenó de arrobamiento. Aun los veteranos de Cortés no pudieron verlo con indiferencia, no obstante que despertaba el acerbo recuerdo de los atroces padecimientos que habian pasado en aquellos hermosos, pero traidores recintos. El animoso Conquistador dice: "y prometimos todos de nunca de ella salir sin victoria ó dejar allí las vidas. Y con esta determinacion íbamos todos tan alegres como si fuéramos á cosa de mucho placer."²²

Conforme avanzaron los españoles vieron brillar en las cumbres de los montes, hogueras que probaban que los habitantes estaban en alarma y reunidos para recibirles. El general previno á los suyos que no se olvidasen de su alta fama, que cuidasen de marchar en orden y juntos y de obedecer esactamente las órdenes de sus oficiales.²³ A cada vez que daban la vuelta

²² *Relacion Tercera, en Lorenzana, pág. 188.*

²³ "Y yo torné á rogar y encomendar mucho á los españoles que hiciesen como siem-

de alguna montaña esperaban encontrarse un ejército prevenido á disputarles el paso; y al ver que pasaron los desfiladeros de la sierra sin ser molestados, temieron encontrar en el valle un ejército que les obligase á pelear tan descomunamente como en Otumba. Pero aunque de tiempo en tiempo se descubrian por las montañas partidas que parecian ser de pura observacion, llegaron sin obstáculo hasta una barranca por la cual pasaba un rio atravesado por un puente medio destruido. Del lado opuesto habia un fuerte ejército indio que parecia querer disputar el paso; pero fuese que no confiara en su número, ó que le intimidara la marcha imperturbable de los españoles, se dispersó fácilmente y sin causarles daño ninguno, luego que recibió algunas cargas de caballería. En seguida continuaron su marcha sin ser molestados, hasta llegar á la pequeña ciudad de Coatepeque, donde pernoctaron. Antes de retirarse á sus cuarteles rondó Cortés el campamento, acompañado por unos cuantos caballeros escogidos, para ver si no habia riesgo.²⁴ Parece que sus ojos nunca se cerraban ni se fatigaba su cuerpo; el indómito espíritu que le animaba era el que le daba fuerzas para tanto.²⁵

Sin embargo, tambien debe haber contribuido á tenerle despierto, la ansiedad y la duda, pues solo distaba tres leguas de Tetzoco, la celebrada capital de los Acolhuas, donde se propuso establecer sus cuarteles, si posible era; tanto por ofrecer cómodo alojamiento para todo el ejército, como por comunicar con Tlaxcallan por un camino diferente del que acababa de pasar, mas fácilmente podria ponerse en comunicacion con aquel punto, y recibir los bergantines luego que estuviesen listos para echarlos en las aguas del lago. Pero

pre habian hecho; y como se esperaba de sus personas; y que nadie no se desmandase y que fuesen con mucho concierto y orden por su camino." Ibid, ubi supra.

²⁴ "E como la gente de á pié venia algo cansada y se hacia tarde, dormimos en una poblacion que se llama Coatepeque..... E yo con diez de á caballo comencé la vela y ronda de la prima, y hice que toda la gente estoviese muy apercebida." *Ibid, ubi supra.*

²⁵ En cuanto á la marcha del ejército, consúltese ademas de la carta de Cortés ya citada, á Gomara, cap. 121. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, lib. 33, cap. 18. Bernal Díaz, cap. 137. Camargo, *Hist. de Tlaxcallan*, MS. Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 10, cap. 20. *Ixtlilxochitl, Relacion de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica (México, 1829)*, pág. 9.